

# LOS PROBLEMAS DE LA ARABIA MODERNA

*Julio Pizarro Arancibia*

Creemos necesario, para la cabal comprensión de un pueblo para nosotros extraño, describir en síntesis la historia, creencias y leyes del legendario y misterioso pueblo árabe que hoy se agita inquieto en busca de su destino.

El Islam (sumisión a la voluntad de Dios), a cuyos miembros se les denomina "muslimes" (los que se someten), es la última gran religión monoteísta creada merced a una serie de revelaciones divinas hechas al mundo por intermedio de Mahoma (Mahommed, "El Alabado"), quien fue el último de una sucesión de profetas que —según los creyentes— comenzó con Adán y pasando por Jesús terminó en Mahoma. Conocida es la "Kalimah", o fórmula sagrada: "La ilah illah Allah. Mahommed razul Allah" (¡No hay más Dios que Dios y Mahoma es el profeta de Dios!), en la que el jefe del islamismo resume la fe en un solo Dios, glorificándose a sí mismo como su Teniente General Divino. Si bien las prácticas del islamismo son detallistas y complejas —casi hasta el absurdo— a los ojos profanos para que sean realmente válidas, su dogmatismo es de los más sencillos y su principal secreto fue haberse presentado Mahoma al mundo como el Reformador Supremo, pero conservando en su doctrina a Allah y a los "djinn" árabes, así como parte del cristianismo, judaísmo y zoroastrismo, tal vez con el deseo de conciliarse con esos importantes grupos contemporáneos, o de atraerlos.

En el Corán ("Qur'an"; relación, libro) la unidad de Dios es enfatizada, así como su divina naturaleza, a través de sus cualidades de poder, unidad y bondad. Alrededor del trono de Dios están los ángeles, criaturas puras y ase-

xuadas, siendo el principal de ellos Gabriel, quienes siendo también sus mensajeros son enviados a ayudar a los creyentes, especialmente en sus luchas contra los infieles.

Dios creó el mundo en seis días y puso a Adán en el jardín del "alchenna" (Paraíso), pero tentado por Shaitán, Adán cayó. También creó un ángel caído (Iblis), quien fue expulsado del Paraíso por rehusar postrarse ante Adán, desobedeciendo las órdenes de Dios. A los privados de Shaitán se les denominó "djinn", machos o hembras creados del fuego.

Dios se reveló a los hombres a través de los profetas, a algunos de los cuales les dio un libro: A Moisés el "Tqurat" (Torah); a David el "Zahur" (Salmos); a Jesús el "Injil" (Evangelio) y a Mahoma el Corán. También habrá un "Día Final", siendo las advertencias escatológicas vivas y dramáticas en los primeros capítulos del Corán.

El Cielo constituye el Paraíso del hombre y se le describe en términos muy atractivos: Estará espléndidamente dotado de efebos eternamente jóvenes y de hermosas mujeres de enormes y rasgados ojos con pupilas como perlas, también eternamente jóvenes y vírgenes, quienes acogen a todos los creyentes, especialmente a los que dan su vida por la "Jihab" (Guerra Santa), que conduce directamente a Dios. También existe el "Il-liyum" (Santa Sanctorum) o séptimo cielo, donde mora Mahoma.

Como pilares de la fe están las prácticas religiosas de obligación para los creyentes, que son detalladas a continuación:

— Recitar el "shadahak", afirmando la condición de musulme, ya que la convicción hace al creyente.

— El "salat" (servicio), pues se debe adorar a Dios cinco veces al día, cuando menos: Al amanecer o inmediatamente antes de la salida del sol; inmediatamente de pasado el mediodía; antes de su puesta; inmediatamente después de su puesta y exactamente al caer la noche, momentos todos determinados exactamente por el enrojecimiento de las nubes, el largo de las sombras y finalmente la imposibilidad de distinguir el color de un pelo del camello.

Estas ceremonias o servicios deben ser precedidos por una ablución ("wudu"), consistente en lavarse la cara, las manos hasta el codo y los pies, todo minuciosamente establecido en el Corán. Si no hay agua la arena fina hará sus veces. Previo a todo hay que buscar el "qiblah" (orientación), que primero fue hacia el sur, después a Jerusalén y luego cambiada diametralmente por el profeta hacia el norte, la Meca, que en las mezquitas está indicada por el "nihrah" (depresión en el muro). El creyente inicia las oraciones al ritmo de complicadísimas posturas, gestos y genuflexiones que debiendo desarrollarse en el curso del servicio están también minuciosamente descritas en el Corán, que como se ha podido comprender regula totalmente la vida del hombre en todos sus aspectos.

— El "zakat" (rectitud), que consiste en dar limosnas a la comunidad islámica. Debe ser un ofrecimiento voluntario para ayuda de viudas, huérfanos, enfermos y otras víctimas de la fortuna, haciendo resaltar siempre el hecho de que se está compartiendo la abundancia que Alá proporcionó.

— Ayunar durante el mes de Ramadán, noveno mes del año lunar musulmán. En las horas del día el musulmán no debe tragar ni la saliva y abstenerse de todo goce, pero al no ser mencionada la noche en este estricto código, el fiel comería a su amparo y más de alguno podría no escatimar los placeres.

— El "hajj" o peregrinación a la Meca en el duodécimo mes, que todo musulmán debe realizar por lo menos una vez en su vida, durísimo viaje en los tiempos pasados, que durante los siglos ha servido como importante fuerza unificadora del islamismo.

La "Jihad", en la cual los enervorizados varones, en una suerte de "kamicase", sacrifican sus vidas por Alá, seguros de caer en los brazos de las bellas huríes que los esperan en el "alchenna" o Paraíso. Existe también el "kismet" (destino): Lo que está escrito, escrito está.

La vida de Mahoma se inicia alrededor del año 571 d.C., año del Elefante, para morir un lunes 13, Rabi I del año 11, vale decir, el 8 de

junio del año 632 d.C. en la ciudad de Yathrib, que ofreció refugio al profeta y que por ello fue rebautizada Medina, ciudad del profeta. La parte crucial de su vida, cuya clara autenticidad no ha podido ser distorsionada, empieza con la Hégira (huida a Yathrib) el 16 de julio del año 622 d.C., que marca el comienzo del islamismo como religión y los acontecimientos intermedios entre esa fecha y su muerte diez años más tarde. Los dos primeros tercios de su vida son oscuros y sólo conocidos a grandes rasgos, así como los de su nacimiento y de la primera Revelación, que son aproximados.

Hacia los cuarenta años de edad, después de haber trabajado en su juventud como simple camellero, alcanzando con las caravanas tan lejos como Siria y Egipto, remotos lugares entonces, y llevando ya quince años casado con la rica viuda Khadijah, que casi lo doblaba en edad, afortunada circunstancia que lo había liberado de la imperiosa necesidad de trabajar para poder vivir, Mahoma pudo dar paso a su tendencia a la meditación y aislamiento, intensificándose la serie de visiones perturbadoras que lo habían acosado toda su vida.

En una de sus prácticas ascéticas, tan distintas del paganismo de su tiempo, se retira a orar y meditar en una gruta del monte Hira. Allí, en la "Noche del Destino", la "Noche Bendita" del Corán, se produce el "descenso" del Libro al corazón del profeta: Mientras dormía, un ser misterioso que resulta ser el arcángel Gabriel, le ordena "leer", recitar y salmodiar lo escrito en un rollo de tela que tiene en sus manos. —No sé leer —contesta Mahoma con toda franqueza. —¡Lee! —ordena dos veces más el arcángel apretando la tela alrededor del cuello del durmiente, despertando después el elegido con la conciencia de que un libro había descendido a su corazón.

De vuelta a su casa, preguntándose si realmente estaría loco o poseído ya que desde los cinco años había sufrido convulsiones y raros estados anímicos, se confía a su esposa y le cuenta lo que le había pasado. Esta mujer, de recto corazón y muy a la altura de la circunstancia, en vez de dudar de su salud física o mental le da, en cambio, todo su apoyo moral y le restaura la total confianza en sí mismo, afirmándole que: —El será el profeta de su pueblo y ella la primera en creer en él.

El Corán, en el cual cada versículo es una "aleya" (signo, prueba), fue siendo recibido por el profeta parte por parte, principalmente en los momentos en que era vital una guía o una resolución, en medio de violentas crisis físicas que vinieron a ser menos violentas a medida que Mahoma envejecía y se habituaba a su papel de

receptor. Los fenómenos que acompañaban a las revelaciones eran realmente impresionantes y Mahoma se hacía cubrir con un velo o manto cuando éstas se anunciaban, con estremecimientos o temblores. Ya oculto a la vista de quienes le rodeaban se le oía resoplar, gemir y dar roncos gritos. Salía de la crisis sudando, con fuerte dolor de cabeza que quitaba con captasmas, y una notoria e intensa tensión muscular. Al caer en crisis en el momento en que un hombre le hacía una pregunta, Omar permitió que se le viera. Tenía la cara roja, respiraba ruidosamente “gimiendo como un ternero” y cayendo después en un entorpecimiento del que salió para decir: —¿Dónde está el hombre que me ha preguntado? Había además muchos otros medios de recepción: A veces oía zumbidos, tañidos y discursos confusos cuyo sentido podía apreciar cuando el ruido había cesado; en otras el ángel se le aparecía en forma humana, hablaba distinto y se hacía comprender a medida de sus palabras; otras veces parecía tener lugar una intuición más directa o intelectual.

Los fragmentos recibidos en estas condiciones eran retenidos en la memoria del profeta y de algunos de sus fieles y siempre los escribían en lo que tenían a mano: Cueros, cortezas de palmera, vasijas o paletas de carnero. De esta manera los mil versículos que componen el Corán fueron finalmente agrupados en “suras” o capítulos. A la muerte del profeta únicamente cuatro medinitas los sabían, todos de memoria. El “Jalifa” Abu Ber, después de grandes vacilaciones, encargó a Ze ben Hareta transcribirlos. Posteriormente el Califa Ostmán (644-655 d.C.) hizo confeccionar una vulgata basada en los ejemplares confiados a la custodia de Hafza, una de las viudas de Mahoma e hija de Omar. Todo lo demás existente fue radicalmente hecho destruir por el fuego. Semejantes eliminaciones, simplificaciones y actos de fe han sufrido, por desgracia, los documentos básicos de todas las religiones.

A pesar de haber montado un buen poblado harén de diversas razas, credos y colores, se cumplió la revelación XXXIII: 37 de que no lograría sucesión masculina de su sangre; una de sus concubinas, María la copta, le dio un único hijo y descendiente, Ibrahím, que —cumpliéndose el “kismet”— murió a temprana edad.

Aunque su vida personal, desde nuestro punto de vista, no fue muy ejemplarizadora para nosotros, fundó una nueva gran religión monoteísta que actualmente cuenta en sus diversas ramas con un número de prosélitos mayor que la cristiandad y continúa creciendo; rescató a los árabes de la idolatría en que se debatían;

mejoró la terrible condición de la mujer en la Arabia de su tiempo; prohibió el cotidiano infanticidio de las niñas y la prostitución de los esclavos; estableció el derecho de las mujeres a la herencia (media parte) y a que debían ser instruidas; proclamó que “la gloria está a los pies de las madres”; que los esposos tenían derechos y deberes recíprocos; limitó el número de esposas “legítimas” a cuatro; abolió la usura y la venganza; fijó el calendario en doce meses lunares, sin corrección solar; etc.

Cuando un beduino le preguntó —recordando el “kismet”— si le era necesario amarrar el camello, el profeta le respondió: —Ata tu camello y confía en Dios. Además, recomendaba “obrad y la tarea será rendida fácilmente”, lo que ciertamente equivale al “ayúdate y Dios te ayudará”.

¿Era sincero Mahoma y creía realmente en su misión? ¿era un alucinado o, por el contrario, un explotador de la credulidad pública cuando decía y juraba por las estrellas que el propio arcángel Gabriel, durante los dos o tres años del “fatrah” (intervalo) le había traído dócilmente una a una las páginas del Corán escritas en árabe en el propio cielo? Hay muchas opiniones, pero de todas ellas, dado su carácter anecdótico aunque desgraciadamente negativo, citaremos a Voltaire y a Renán. Para Voltaire parece no haber duda alguna y su manera de sentir está consignada, dentro de su característica vena, en la epístola con que envió su tragedia *Mahoma*, dedicada al Papa Benedicto XIV: “Vuestra Santidad tendrá la bondad de perdonar la libertad que se toma uno de los más humildes, pero de los más grandes admiradores de la virtud, de consagrar al Jefe de la Unica Religión Verdadera, un escrito contra el fundador de una religión falsa y bárbara. ¿A quién podría yo dirigir mejor la sátira de los errores de un ‘falso profeta’ que al Vicario y al imitador de un Dios de Paz y de Verdad? Dígnese Vuestra Santidad permitirme que ponga a sus pies el libro y su autor. Me atrevo a pedir su protección para el uno y su bendición para el otro”.

A su vez, Renán —la antítesis de Voltaire— decía: “Lejos de ser un entusiasta obsesionado por las visiones divinas, lejos de hacerse ilusiones, Mahoma no obraba sino con reflexión y política y sus inspiraciones procedían no del arcángel Gabriel sino de sus designios premeditados y de sus pasiones”.

El islamismo no pudo ser la excepción y fue dividido: Los “sunnis”, la mayor comunidad mahometana, tomó su nombre de “sunn’a” (costumbre, sendero), vale decir, la práctica tradicional tomada del “hadith” (tradiciones); los “shiitas”, el siguiente grupo resul-

tante del cisma importante aunque más pequeño, tomó su nombre de "shí'a", el partido de Alí y sus descendientes, considerados como los únicos verdaderos "Khalifa" (Jalifa) sucesores del profeta y jefes de la comunidad musulmana.

Estas comunidades, habiendo tenido por base pueblos árabes, arameos y persas, aportaron en su conversión al Islam muchas de sus antiguas creencias, incluyendo elementos gnósticos de la vieja religión babilónica junto a la monárquica tradición persa. La idea de una absoluta y hereditaria monarquía se desarrolló, así, entre los seguidores de Alí, pero es conveniente recordar que en el Islam no existe separación entre la política y la teología y que la posición teológica de los shiitas mantiene que el sobrenatural poder de Mahoma descendió sobre Alí y sus hijos, facultándolos —sólo a ellos— para la interpretación de Dios y del futuro. Los shiitas difieren también de los sunnitas no sólo en la teoría política del Califato, sino en asuntos tan de fondo como la ley y el ceremonial; rechazan los libros sunnitas del "Hadith", teniendo sus propios libros, algunos escritos por el mismo Ayatollah Khomeini. Entre sus numerosas materias resalta que, mediante alegóricas y místicas interpretaciones, concilian las frases del Corán con el respeto debido a Alí y niegan absolutamente la doctrina sunnita de un Corán hecho por el hombre. A la Kalimah: ¡No hay más Dios que Dios y Mahoma es el profeta de Dios, los shiitas agregan "y Alí es su 'walí'" (confidente).

Habría que mencionar también una importante secta shiita derivada de los ismaelitas, los "kármatas", quienes adoptaron tendencias igualitarias. También son de gran interés los "sufis" (Iana), aludiendo a las ordinarias ropas que llevaba esta clase de mendigos que habían renunciado al mundo. Esta importante orden de místicos —siendo el pensamiento ortodoxo musulmán hostil al misticismo y realizando, por el contrario, la trascendencia de Alah— ha tenido una gran influencia en el ulterior destino de la Humanidad, además de sospechársele estrechas relaciones con los Caballeros de la Orden del Temple y, muy especialmente, con Ignacio de Loyola, quien en su misterioso viaje al Oriente había obtenido de esas fuentes las ideas para los ejercicios y la regla que regiría al jesuitismo que estaba por crear.

El sufismo, en suma, elaborando la metafísica de la Unidad, representa una protesta contra el formalismo jurídico y aporta a la religión el sentimiento del corazón, el amor de Dios, el amor místico sin la casuística, a los valores de la contemplación y del ascetismo islámico, opo-

niendo el grosero hábito al deslumbrante lujo de los omeyas y los abasidas.

Las hermandades que fueron organizadas a partir del siglo XII dieron al sufismo un real marco social, encuadrando en diversos países lo que bien podría ser denominada una tercera "Orden de Juan", con hermanos muy numerosos que disfrutaban de la sin par "baraka", calurosa atmósfera de fraternidad y fervor que se hacía presente en los "ágapes" que, después de sus reuniones, los hermanos pudientes brindaban a sus hermanos menos favorecidos por la suerte.

Además, fueron establecidas las escuelas de ciencia y filosofía, con filósofos ("falasifas") que, por suerte para la Humanidad, conservaron, desarrollaron y transmitieron los principales elementos de la civilización griega, especialmente los dramas, literatura y ciencias, así como también los elementos hindúes, tal como el sistema de numeración. A las traducciones al árabe en Bagdad, siglos VIII-IX, siguieron, para la iluminación de la atrasada Europa, las traducciones del árabe al latín en Toledo, en el siglo XII; aunque parecían oponerse, filosofía y sufismo eran los dos grandes polos de la antigua cultura islámica. Luego que el sufismo tomó la forma de hermandades o cofradías, el saber ingresó a la atrasada Europa entrando por la ancha puerta del sur de España.

Los gloriosos nombres de Rasis, Kindi, Farabi, Ibn Sina (Avicena) Ibn Zohr (Avenzoar), Ibn Róxid (Averroes), Ibn Tufeil (Aventofail), jalonaron ese gran período de la ciencia árabe de esos tiempos, que gracias a inspirados y filantrópicos Califas tan gran servicio prestó a la civilización europea. Tal vez uno de los más grandes trabajos haya sido la traducción del *Gran Comentario* de Aristóteles, emprendido por Averroes a instancias del Califa almohade, cuya influencia sobre la escolástica y santo Tomás de Aquino parece innegable, así como en las concepciones de Raimundo Lulio.

Sin embargo, estas magníficas inquietudes de los árabes, de tan buen pronóstico, parecieron detenerse en el tiempo y no es necesario romperse la cabeza —a nuestro juicio— para descubrir la causa.

Hasta aquí hemos tratado, en forma muy sucinta, exponer los problemas y la idiosincrasia de este pueblo tan desconocido para nosotros. Ahora trataremos de poner un marco a los dos actos de la tragedia que el complicado mundo de hoy contempla atónito.

El primer acto y el papel del primer actor le correspondió al desaparecido Ayatollah Ruhollah Khomeini, que fue jefe shiita y Jefe de Estado de la nación irania, a quien su pueblo apoyó

y siguió místicamente con sus "mullahs" (sacerdotes, juventud e intelectuales), pues de acuerdo a la leyenda vieron en él al duodécimo "Imam", ya desaparecido, quien debe hacerse presente en los momentos de la crisis final del mundo. Khomeini también tuvo su Hégira y escribió "su" libro.

El gravísimo conflicto desatado entonces con el largo asedio y posterior toma de la Embajada de Estados Unidos en Teherán, afrenta que jamás han podido olvidar, tuvo su origen —según Richard Bulliet, del Middle East Institute de la Universidad de Columbia— en el serio error del Presidente Carter de permitir la radicación del destronado Shah de Irán en Nueva York. En las especiales circunstancias de la época de esa acción bastó para desatar el ataque a la Embajada debido a que los iraníes creyeron que, una vez más, Estados Unidos planeaba restaurar en el trono al resistido Shah. El error fue terriblemente multiplicado al no arbitrarse oportunas medidas para la destrucción de lapidarios y comprometedores documentos que cayeron intactos en poder de las masas, para vergüenza de Occidente y para inflamar hasta el paroxismo a las multitudes iraníes.

A diario, después del ritual del mediodía, los estudiantes y la multitud que los acompañaba y los alentaba, iniciaban un curioso ritual que terminaba en una masiva histeria colectiva: Luego de atronadores gritos de "¡Allahú Akbar!" (¡Dios es grande!), los estudiantes se acercaban a las rejas de la Embajada y cambiando eslóganes políticos con el pueblo congregado fuera se arrojaban mutuamente claveles y tulipanes, símbolos iraníes de martirio, que advertía a los entendidos que los shiitas tienen una ideología de martirio "muy espectacular", recalado por el profesor Algar, quien ha dicho: "Los iraníes son dados al martirio como una forma de desafío al mundo; en la mente shiita no hay término medio".

El desaparecido Ayatollah, por su parte, insistía en la entrega del Shah para "ser juzgado de acuerdo a las leyes shiitas" y declaraba: "Todos los Gobiernos occidentales son unos ladrones; debemos cortar todo contacto con ellos. Nada, sino el mal, puede venir de ellos". También denunció a los rusos "como unos ateístas sin Dios".

Los cargos contra el también desaparecido Shah han sido de sobra conocidos. Lo curioso, aunque humano, era que un gobernante que aplicó en toda su integridad el terrible Código Islámico; que permitió que su policía política, la inmisericorde Savac, cuyas "técnicas" pudieran ser tomásicamente apreciadas por la Comisión Visitadora de su tiempo, poniendo sus de-

dos en cantidades de miembros retorcidos, quebrados, amputados o en acusadoras cuencas vacías, se hubiera resistido a ser juzgado por las mismas leyes islámicas que aplicaban sus propios tribunales que administraban su propia justicia.

Zaki Badawi, director del Centro Cultural Islámico de Londres, sostuvo que la petición de regreso del Shah para enfrentar un tribunal iraní estaba de acuerdo con la Ley Islámica, que dice: "Nadie está sobre la ley; la ley es suprema. Si un Gobernante o un Emperador comete un crimen, automáticamente se hace acreedor al castigo de acuerdo a los claros conceptos de la ley"; a este respecto se recuerda el precedente del fallecido Rey Saud de Arabia Saudita, quien en 1964, por conducta inconveniente a un gobernante islámico, especialmente por bebedor, jugador y mujeriego, fue juzgado, depuesto y deportado por una Corte islámica.

El segundo acto de esta moderna tragedia árabe ha estado a cargo de Saddam Hussein, Presidente de Irak, apoyado por los sunnitas, que más o menos representan la mitad de la población del país. Hussein, ayudado por Estados Unidos, que no podía olvidar la afrenta del episodio de la Embajada de Teherán, fue alentado y armado hasta los dientes para que derrotara a Khomeini y alejara así el peligro shiita. La Rusia socialista también le ayudó porque sintió amenazadas sus Repúblicas islámicas que limitan con Irán e Irak, con una población más o menos un tercio del total de los habitantes de Rusia. Además, empantanada como estaba en Afganistán, el Irán vencido era una posible salida de Rusia al golfo Pérsico y al vital petróleo del cual depende el mundo.

Pero no contaban con el increíble fanatismo shiita, que al fuego, al hierro y a los gases oponían falanges de desnudos pechos de hombres y hasta de niños. Y Saddam Hussein, al fin, tuvo que buscar la paz.

Ese mismo fanatismo, poderoso valor negativo, especie de autohipnosis, que aplicado a la guerra da al guerrero el valor y la fuerza de cien hombres, máxime si espera que con la ofrenda de su vida obtendrá, inmediatamente, el soñado Paraíso, hizo que el Islam en su primera expansión dominara a casi todo el mundo. La espada de Allah, después de dominar el mundo antiguo, cruzó el mar y se internó en Europa. Ciertamente no fue la mítica Canción de Rolando que en las Puertas de Hierro detuvo el avance y derrotó al poderoso ejército árabe que habían divisado a lo lejos. El increíble espectáculo que, entre jirones de niebla, vieron los europeos en ese amanecer, la tranquila retirada del jefe árabe, pensativo y en silencio, se-

guido por su Estado Mayor y el interminable desfile de su bien equipado ejército, fue debido a las noticias que le llegaron de la lucha interna por el poder que había estallado en el corazón de su tan largo reino junto a la perentoria orden de regresar, pues su ejército era allá necesario.

De manera que Hussein, con un gran y aguerrido ejército bien pertrechado con modernísimo armamento que lo hacía figurar como la tercera fuerza mundial, no pudo quedarse tranquilo y atacó al pequeño pero riquísimo Kuwait que había sido parte de su territorio y que le cerraba el paso a las aguas del golfo Pérsico. Seguramente contaba con secretos apoyos, pues no es lógico pensar que se lanzara, así, a "capella", a tamaña aventura. Desafortunadamente para él, Gorbachov se encontraba terriblemente preocupado con la "implosión" de su Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y en China ocurría más o menos lo mismo, ya que al socialismo, llámese marxista, leninista o gramscista, le había aparecido un misterioso dedo escribiendo en la pared del Kremlin las tres fatídicas palabras: Mane thecel phares.

Es evidente que el socialismo, doctrina que con diferentes apellidos ha causado sufrimientos y muerte a millones de seres humanos, no ha podido resistir la prueba del tiempo.

Sin embargo, se ve levantarse pequeños y elegantes puños de ideólogos y de dirigentes que no se resignan a perder el goce del mando y el estatus, tratando desesperadamente de mimetizarse, pero no es tiempo de milagros; Lázaros no resucitará. Esta experiencia, que también quedará en el olvido, empezó con los "enciclopedistas" y fue la reacción contra los Reyes y sus nobles, que no gobernaban por sus cualidades o capacidad sino por un mal entendido "derecho divino" y una absurda nobleza de sangre.

El hecho fue que Saddam Hussein, con aquellos que podían ayudarlo, tan "jaqueados" que ni siquiera se atrevieron a ejercitar su derecho a veto en Naciones Unidas a la proposición de un ataque mundial en su contra, no pudo soportar solo la aliada nube de meteoritos "inteligentes" con que fue saturado a mansalva. Así se pudo ver cómo uno de los grandes ejércitos del mundo, con aguerridos soldados y abundante, poderoso y moderno equipo, fue destruido prácticamente sin bajas para la coalición atacante. La gran ironía fue que ese magnífico ejército, con una sin igual fuerza "panzer", fue destruido por el mismo Estado que lo armó hasta los dientes para barrer del mapa al odiado vecino Irán.

Pero ese pueblo con ciudades tan antiguas, cuyos misteriosos nombres los conoci-

mos en la Biblia, entroncados con los persas, los hititas, los sumerios que inventaron la escritura y los libros de hojas de arcilla y que dejaron constancia por primera vez del diluvio y de Ushnapistin, el primer Noé, nos tenía reservada una última gran sorpresa: Saddam Hussein no había desaparecido en el holocausto y el problema árabe podría recién empezar.

Una semana después de la "Blitz" y la rendición, entre el humo, escombros y el polvo de la destrucción, se escucha de nuevo su monótona voz y aparece en las pantallas su rostro de esfinge, tal vez un poco más delgado, anunciando a su ahora dividido pueblo la buena nueva: La Democracia. Y el "Kismet" parece haberse cumplido.

La península arábiga y los Estados del golfo unificado por el Islam victorioso guardan en el seno de sus estériles arenas el mayor depósito de petróleo del mundo, el cual —por cruel ironía— da vida al alocado y desaprensivo mundo occidental. La menor variación en su producción o precio es vital. Recordamos que hace décadas un Primer Ministro, Mossadeg, osó intervenir, pero Inglaterra —poderosa entonces— se hizo presente y el problema se arregló, pero el mundo se estremeció. Un reajuste, hace pocos años, produjo una recesión que volatilizó grandes fortunas y dejó en la calle a millares de ahorrantes.

Da que pensar que esta enorme riqueza que ha proporcionado Allah no haya alcanzado al pobre pueblo que vive en la ignorancia y congelado en el tiempo, mientras el mundo está inundado de petrodólares pertenecientes a unos pocos privilegiados.

Curiosas noticias se han filtrado a la prensa y TV mundiales: Una de ellas habla de la caravana de 40 esposas que siguen a uno de los altos personajes, y otra, más espectacular todavía, dice que uno de los tantos príncipes, antes de la hégira que los obligó a refugiarse en la Côte d'Azur, o similares lugares donde sufrir y pasar las penas, tenía un equipo de "ojeadores" para ubicar hermosas niñas y muy pronto se detenía ante sus casas, o tiendas, una enorme limusina de donde bajaban un saco de cereal y una cabra y subían, en cambio, a la preciosidad para conducirla a palacio, donde, rápidamente, era sometida al proceso de fecundación. Si, tras las lunas de rigor, aportaba un varón, pasaba a engrosar el gineceo, pero si resultaba una mujercita, ambas eran devueltas a su casa.

Seguramente el diligente personaje ignoraba que la masculinidad aporta al hombre con las "xY" de sus espermios, de manera que, al ser débil su "Y" en algunos casos, la culpa era enteramente de él. En realidad, no sabemos por

qué nos hemos metido entre estos entretelones de harenes; tal vez en el fondo de nuestro inconsciente palpite algo parecido a la fea envidia.

Debemos hacer notar, sin embargo, que la desestimada mujer, lentamente, muy lentamente, se va abriendo paso en el mundo de los hombres. Un testimonio de ello se aprecia en la foto inserta, donde aparece una hermosa joven árabe, protegiendo su cuerpo, que sólo podrá ver su dueño, por la envoltura de su negro "shador", pero ya con el velo levantado para poder digitar y observar la pantalla del computador, así como también para poder atender el teléfono.

Si el islamismo logra superar sus bizantinas divisiones y resuelve su secular problema con el judaísmo, agravado por la peregrina idea de éste de crear un Estado hebreo en el centro mismo de una colectividad intensamente islámica donde está, nada menos, el santo lugar desde donde el Profeta Mahoma ascendió a su cielo; y si los rusos islámicos que representan un tercio de la población de Rusia logran romper sus ahora débiles ataduras y se unen a sus hermanos en la fe, seguramente el mapa del mundo cambiará una vez más.

No se pueden predecir los resultados de este drama; "¡Oj Allah!" (¡quiera Dios!) que sea para bien de la Humanidad y que los ominosos poderes que medran en la sombra oscura del alma humana, simbolizados en ese Oriente, cuna de la Humanidad, con nombres como Ahrimán, Iblis o Luzbel, no intervengan y se queden tranquilos.

En todo caso esta guerra, como divino aviso, nos ha dado un atisbo de las futuras guerras con armas especiales inteligentes, defensas electrónicas robotizadas y un complejo y mortal armamento jamás imaginado.



Por último, las misteriosas creencias de Oriente dicen que el Año Solar, que tiene una duración de 26 mil años terrestres, vale decir, el tiempo que demora nuestro Sol, con su cortejo de planetas, en completar un círculo en el espacio cósmico, tal como el año corriente está dividido en 12 partes y cada una de ellas, llamadas eras, tiene una duración de 2.160 años, estando cada una bajo los mismos nombres y signos del Zodíaco. Los entendidos dicen que recién estamos saliendo de Piscis, signo cristiano por excelencia, y estaríamos entrando en Acuario, era en que, según la predicción, ocurrirán grandes cambios y ¡vaya si no están ya ocurriendo! El Oriente, cuna de la Humanidad, siempre ha dado que pensar. \*